



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

YO ESCUCHO EL CANTO DE AMERICA

Walt Whitman

*Yo escucho el canto de América
yo oigo sus múltiples canciones,
-esas de los mecánicos que son alegres y potentes,
el carpintero canta al medir sus tablones y sus vigas,
el albañil al partir al trabajo y al dejar el trabajo,
desde sus botes los barqueros, los marineros en cubierta,
desde su banco el zapatero; cantan de pie los sombreros
y la canción del leñador, del arador en su faena,
el canto dulce de la madre y el de la esposa en sus labores...
Canta la niña cuando lava, canta la niña cuando cose,
cada una canta lo suyo propio y nada más;
el día canta a la luz del día. Por la noche,
en grupos, los jóvenes, robustos, fraternales,
cantan a boca plena sus canciones vigorosas y fuertes.*



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Tel. 124 - Heredia

Administración:

MARIA CRISTINA MARTINEZ

EMMA MORALES

Heredia — Costa Rica

Sumario:

Yo escucho el canto de América	1
Ronda del Zapatero	2
¡Qué guapa es la helada!	3
Balada de doña Rata	5
Omar Dengo	7
América y el Maestro	8
Cuentos de elefantes	10
Hormiguita y Ratón Pérez	14
Página de los niños	15
La Margarita	16

OCTUBRE 1952

NUMERO 7

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

₡ 0.20

RONDA DEL ZAPATERO

Tipi tape, tipi tape,
tipi tape, tipitón,
tipi tape, zapa-zapa-
zapatero remendón.

Tipi tape todo el día,
todo el año tipitón,
tipi tape, macha-macha-
machacando en tu rincón.

Tipi tape en tu banqueta,
tipi tape, tipitón,
tipitón con tu martillo
macha-macha-machacón.

Ay tus suelas, zapa-zapa-
zapatero remendón,
ay tus suelas, tipi tape,
duran menos que el cartón.

Tipi tape, tipi tape,
tipi tape, tipitón...

Germán Berdiales.



¡Qué guapa es la helada!

Pero una noche cayó una helada tan grande que la diuquita amanejó con una pata quebrada. Y con su dolor fué a quejarse.

—Helada, ¿por qué eres tan guapa que me quebraste la patita a mí?

—Más guapo es el Sol que me derrite a mí.

Y la diuquita con su pata quebrada y con su dolor fué donde el sol.

—Sol, ¿por qué eres tan guapo que derrites la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapa es la nube que me tapa a mí.

Y la diuquita con su dolor fué a la nube.

—Nube, ¿por qué eres tan guapa que tapas al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el viento que me arrastra a mí.

Y la diuquita fué al viento.

—Viento, ¿por qué eres tan guapo que arrastras a la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

Más guapa es la pared que me ataja a mí.

Y fué a la pared.

—Pared, ¿por qué eres tan guapa que atajas al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

Más guapo es el ratón que me roe a mí.

Y la diuquita, con su pata quebrada y con su dolor, fué donde el ratón.

—Ratón, ¿por qué eres tan guapo que roes la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el gato que me come a mí.

Y la diuquita con su dolor fué donde el gato.

—Gato, ¿por qué eres tan guapo que te comes al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el perro que me muerde a mí.

Y la diuquita fué donde el perro.

—Perro, ¿por qué eres tan guapo que muerdes al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

Más guapo es el palo que me pega a mí.

Y fué donde el palo.

—Palo, ¿por qué eres tan guapo que le pegas al perro, el perro muerde al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra a la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapo es el fuego que me quema a mí.

Y fué al fuego.

—Fuego, ¿por qué eres tan guapo que quemas al palo, el palo pega al perro, el perro muerde al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja al viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada y la helada quebró la patita a mí?

—Más guapa es el agua que me apaga a mí.

Y fué al agua.

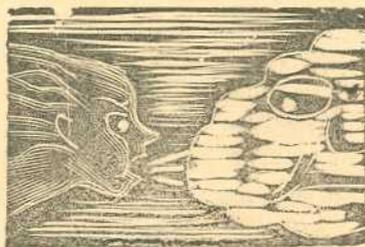
—Agua, ¿por qué eres tan guapa que apagas al fuego, el fuego quema al palo, el palo pega al perro, el perro muerde al gato, el gato se come al ratón, el ratón roe la pared, la pared ataja el viento, el viento arrastra la nube, la nube tapa al sol, el sol derrite la helada, y la helada me quebró la patita a mí?

—Más guapa es la helada que me congela a mí,

Y la diuquita con su patita quebrada y con su dolor, volvió al nido.

—Dios mío ¡qué guapa es la helada!

Recogido por R. Saavedra Gómez.



BALADA DE DOÑA RATA

Conrado Nalé Roxlo

Doña rata salió de paseo
por los prados que esmalta el estío,
son sus ojos tan viejos, tan viejos,
que no puede encontrar el camino.

Demandóle a una flor de los campos:
—Guíame hasta el lugar donde vivo.
Mas la flor no podía guiarla
con los pies en la tierra cautivos.

Sola va por los campos, perdida,
ya la noche la envuelve en su frío,
ya se moja su traje de lana
con las gotas del fresco rocío.

A las ranas que halló en una charca
Doña Rata pregunta el camino,
mas las ranas no saben que exista
nada más que su canto y su limo.

A buscarla salieron los gnomos,
que los gnomos son buenos amigos.
En la mano luciérnagas llevan
Para ver en la noche el camino.

Doña Rata regresa trotando
entre luces y barbas de lino.
¡Qué feliz dormirá cuando llegue
a las pajas doradas del nido!



Omar Dengo

O M A R D E N G O

Esta es la historia sencilla de Omar Dengo, un maestro costarricense, hombre bueno y puro.

Nació en San José, en 1888. Fué un idealista; su espíritu inquieto lo llamaba a trabajar donde su acción fuera más fructífera. Y era generoso, por eso se hizo maestro.

Su ideal más alto fué servir a la patria. Lo realizó plenamente trabajando, durante diez años, como director de la Escuela Normal de Heredia, entregándose por entero a la formación de maestros para Costa Rica. Inculcó en sus discípulos el amor por los niños, y los guió por la senda de la educación en sus más elevados sentidos. Sus alumnos diseminados por las escuelas del país, practicaron sus enseñanzas y no olvidan a su maestro, porque él dejó una semilla de luz en el corazón de cada uno de ellos. Lectores de *Farolito*, muchos de esos alumnos de Omar Dengo son los maestros de ustedes.

En distintas ocasiones, cuando peligró la democracia costarricense, Omar Dengo, un maestro amante de la libertad, supo luchar por ella. Su palabra vigorosa inspiró a sus compatriotas, así como inspiró siempre el espíritu de sus discípulos.

Tuvo otro ideal: América. Comprendió, con visión de educador, el destino grandioso de nuestro continente; por eso concibió su vibrante "América y el Maestro". Fué un fino escritor. Con acento poético y franciscano escribió "Planta en tu espíritu un árbol de navidad", en que nos dice cómo el corazón del hombre debe brindarse a todos los seres.

Omar Dengo murió en Heredia, a la edad de cuarenta años, en el mes de noviembre en que bajan las neblinas que tanto amó.

América y el Maestro

El Maestro.—Madre América, madre en esperanza de un porvenir cuya eclosión es un designio cósmico, en el cual se concentran, como savias de siglos, los ideales de las civilizaciones, para alcanzar a ser luz y redención un día en la hazña de una nueva humanidad.

¡Madre que llegaste al mundo cuando ya no era tiempo de oír de sus labios el Sermón de la Montaña, y por ello merecerías que Jesús lo volviera a decir desde los Andes, magnificándolo!

¡Madre, he aquí que bulle en mi espíritu una profunda gestación de superiores ansiedades y que, incitándome a crear, me mueve a pedirte una enseñanza para el destino de tus hijos! . . .

¡Venga de ti la palabra reveladora! ¡Dígala tu voz, el maestro la interprete y el niño la comprenda, y juntos pongamos amor y reverencia en ella, a fin de que nos guíe hacia el maravilloso advenimiento!

¡Habla, América, como cuando respondiste con tu voz de rocas al grito del nauta que te llamaba a detener las olas en el camino de un viaje inmortal!

América.—¿Quién invoca mi nombre? "Tierra", oí decir aquella mañana; ahora oigo decir "Luz". ¿Quién me llama?

El Maestro.—¡El maestro!

América.—Habla, pues. . .

El Maestro.—¿De dónde viene tu fuerza?

América.—Ella ruge en los labios de Guatimozín, cuando, hecha ascua su carne de cobre, exclama: "¿Creéis acaso que estoy en un lecho de rosas?"

El Maestro.—¿De dónde tu luz?

América.—¡Encendióla Sarmiento!

El Maestro.—¿Quién te dió el sentido de la libertad?

América.—¡Bolívar!

El Maestro.—¿Qué amaste en él, la espada o el verbo?

El Maestro.—¡La espada era llama cuando la palabra era acero!

El Maestro.—¿En que lengua oras por tus hijos?

América.—¡En la de Cervantes, divina!

El Maestro.—¿Quién te habló en ella más delicadamente?

América.—¡Darío!

El Maestro.—¿Quién soñó tu porvenir con mayor grandeza?

América.—¡Martí!

El Maestro.—¿Algo te inquieta, madre América?

América.—El Norte. . .

El Maestro.—¿Qué ves?

América.—Una vasta sombra. . .

El Maestro.—¿Algo te conforta?

América.—El Norte.

El Maestro.—¿Qué ves?

América.—La sombra de Jorge Washington.

El Maestro.—¿Qué escuchas?

América.—¡La voz de Emerson!

El Maestro.—¿Y hacia el Sur?

América.—¡Un potente vuelo de cóndores!

El Maestro.—¿Qué esperas de tus hijos?

América.—¡Piedra y metal para la Historia!

El Maestro.—¿Mármol y bronce?

América.—¡No! Hay lava para cuajar héroes; hay bronce y hierro para coraza y espada; águilas y serpientes para decorar escudos; quetzales para empenachar cascos; pampas trepidantes al galope del potro; jaguares y pumas para cortejo de la victoria y collares de esmeralda para encadenar cautivos; pero el mundo aguarda de mí el cumplimiento de otra misión... ¡Quiero mármoles blancos como olas, para erigir altas columnas, y broncees sonoros como olas, para fundir fuertes campanas!

El Parthenón, coronado de olímpica majestad, debe erguirse otra vez ante el mundo, cual gloriosa piedra miliaria que señalara entre el tumulto de las civilizaciones decadentes la nueva senda de los dioses... ¡Debe aparecer con la albura de una hostia que la misma Naturaleza alzara sobre el dolor de los hombres!

El Maestro.—¿El viejo Parthenón?

América.—No el de la ruina, sino el de los astros. Por eso de mármol, que debe de atesorar—fruto de la meditación de la tierra dolorida—el secreto de una vida superior.

El Maestro.—¿Y las campanas?

América.—Ellas dirán el nuevo Evangelio, resumiendo en el corazón del bronce todas las voces vírgenes y múltiples de mis selvas. Y su plegaria transfundirá el verbo de mi stirpe en la conciencia de la paz; y ésta será ennoblecida hasta transformarse en expresión de la suprema justicia. Y mis ciudades se poblarán de profetas, y en mis desiertos arraigarán, enmarañándose, las arterias de la vida, y mis bosques florecerán en resplandores, y mis ríos y mis mares se colmarán de naves...

El Maestro.—¿Y tus hombres?

América.—Ellos serán algo nuevo y único en el mundo: ¡Los hijos de América!

El Maestro.—¿Y si surgiera en el Norte la tempestad?

América.—Entonces, oh gesta de mi raza, plumas imperiales de mis caciques, talle de Atahualpa, entonces, por mi Raza hablará el Espíritu... y confío en que sería tal la expresión de mi destino, que aquello que pudo parecer una tempestad en el Norte, fuera una aurora infinita sobre el génesis de otra Humanidad.

Omar Dengo.



Cuentos de elefantes

Muchos alemanes y franceses andan en Africa explorando, descubriendo tierras, tratando y cambiando con los negros, y viendo como les quitan el comercio a los moros. Con los colmillos del elefante es con lo que comercian más, porque el marfil es raro y fino, y se paga muy caro por él. Ese de Africa es colmillo vivo; pero por Siberia sacan de los hielos colmillos de mamut, que fué el elefante peludo, grande como una loma, que ha estado en la nieve, en pie, cincuenta mil años. Y un inglés Logan dice que no son cincuenta mil, sino que esas capas de hielo se fueron echando sobre la tierra como un millón de años hace, y que desde entonces están enterrados en la nieve dura los elefantes peludos.

Allí se estuvieron en los hielos duros de Siberia, hasta que un día iba un pescador por la orilla del río Lena, donde de un lado es de arena la orilla, y de otro es de capas de hielo, echadas una encima de otra como hojas de un pastel, y tan perfectas que parecen cosa de hombre esas leguas de capas. Y el pescador iba cantando un cantar, en su vestido de piel, asombrado de la mucha luz, como si estuviese de fiesta, en el aire un sol joven. El aire chispeaba, se oían estallidos, como en el bosque nuevo cuando se abre una flor. De las lomas corría, brillante y pura, un agua nunca vista. Era que se estaban deshaciendo los hielos. Y allí, delante del pobre Shumarkoff, salían del monte helado los colmillos, gruesos como troncos de árboles, de un animal velludo, enorme, negro. Como vivo estaba, y en el hielo transparente se le veía el cuerpo asombroso. Cinco años tardó el hielo en derretirse

alrededor de él, hasta que todo se deshizo, y el elefante cayó rodando a la orilla, con ruido de trueno. Con otros pescadores vino Shumarkoff a llevarse los colmillos, de tres varas de largo. Y los perros hambrientos le comieron la carne, que estaba fresca todavía, y blanda como carne nueva; de noche en la oscuridad, de cien perros a la vez se oía el roer de los dientes, el gruñido de gusto, el ruido de las lenguas. Veinte hombres a la vez no podían levantar la piel crinuda, en la que era de a vara cada crin. Y nadie ha de decir que no es verdad, porque en el museo de San Petersburgo están todos los huesos, menos uno que se perdió; y un puñado de lana amarillosa que tenía sobre el cuello. De entonces acá, los pescadores de Siberia han sacado de los hielos como dos mil colmillos de mamut.

A miles parece que andaban los mamuts, como en pueblos, cuando los hielos se despeñaron sobre la tierra salvaje, hace miles de años; y como en pueblos anda ahora, defendiéndose de los tigres y de los cazadores por los bosques de Asia y Africa; pero ya no son velludos, como los de Siberia, sino que apenas tienen pelos por los rincones de su piel blanda y arrugada, que da miedo de veras, por la mucha fealdad, cuando lo cierto es que con el elefante sucede como con las gentes del mundo, que porque tienen hermosura de cara y de cuerpo las cree uno de alma hermosa, sin ver que eso es como los jarrones finos, que no tienen nada dentro, y una vez pueden tener olores preciosos, y otras peste y otras polvo. Con el elefante no hay que jugar, porque en la hora en que se le enoja la dignidad, o le ofenden la mujer o el hijo, o el compañero, sacude la trompa como un azote, y de un latigazo echa por tierra al hombre más fuerte, o rompe un poste en astillas, o deja un árbol temblando. Tremendo es el elefante enfurecido, y por manso que sea en sus prisiones, siempre le llega, cuando calienta el sol mucho en Abril, o cuando se cansa de su cadena, su hora de furor. Pero los que conocen bien al animal dicen que sabe de arrepentimiento y de ternura, como un cuento que trae un libro viejo que publicaron, allá al principiar este siglo, los sabios de Francia, donde está lo que hizo un elefante que mató a su cuidador, que allá llaman cornac, porque le había lastimado con el harpón la trompa; y cuando la mujer del cornac se le arrodilló desesperada delante con su hijito, y le rogó que los matase a ellos también, no los mató, sino que con la trompa le quitó el niño a la madre, y

se lo puso sobre el cuello, que es donde los cornacs se sientan, y nunca permitió que lo montase más cornac que aquél.

La trompa es lo que más cuida de todo su cuerpo recio el elefante, porque con ella come y bebe, y acaricia y respira, y se quita de encima los animales que le estorban, y se baña. Cuando nada, ¡y muy bien que nadan los elefantes! no se le ve el cuerpo, porque está en el agua todo, sino la punta de la trompa, con los dos agujeros en que acaban las dos canales que atraviesan la trompa a lo largo, y llegan por arriba a la misma nariz, que tiene como dos tapaderas, que abre y tierra según quiera recibir el aire, o cerrarle el camino a lo que en las canales pueda estar. Nadie diga que no es verdad, porque hay quien se ha puesto a contarlos; como cuarenta mil músculos tiene la trompa del elefante, la «proboscis», como dice la gente de libros; toda es de músculos, entretnejidos como una red; unos están a la larga de la nariz a la punta, y son para mover la trompa a donde el elefante quiere, y encogerla, enroscarla, subirla, bajarla, tenderla; otros son a lo ancho, y van de las canales a la piel, como los rayos de una rueda, van del eje a la llanta; esos son para apretar las canales o ensancharlas. ¿Qué no hace el elefante con su trompa? La yerba más fina la arranca del suelo. De la mano de un niño recoge un cacahuete. Se llena la trompa de agua, y la echa sobre la parte de su cuerpo en que siente calor. Los elefantes enseñados se quitan y se ponen la carga con la trompa, un hilo levantan del suelo, y como un hilo levantan a un hombre. No hay más modo de acobardar a un elefante enfurecido que herirle de veras en la trompa. Cuando pelea con el tigre, que casi siempre lo vence, lo echa arriba y abajo con los colmillos, y hace por atravesarlo; pero la trompa la lleva al aire. Del olor del tigre no más, brama con espanto el elefante; las ratas le dan miedo; le tiene asco y horror al cochino. A cuanto cochino ve, trompazo. Lo que le gusta es el vino bueno, y el arrak, que es el ron de la India, tanto que los cornacs le conocen el apetito, y cuando quieren que trabaje más de lo de costumbre, le enseñan una botella de arrak, que él destapa con la trompa luego, y bebe a sorbo tendido; sólo que el cornac tiene que andar con cuidado, y no hacerle esperar la botella mucho, porque le puede suceder lo que al pintor francés que, para pintar un elefante mejor, le dijo a su criado que se lo entretuviese con la cabeza alta tirándole frutas a la trompa, pero el criado se divertía haciendo

como que echaba al aire fruta sin tirarla de veras, hasta que el elefante se enojó, y se le fué encima a trompazos al pintor que se levantó del suelo medio muerto, y todo lleno de pinturas. Es bueno el elefante de naturaleza, y se deja domar del hombre, que lo tiene de bestia de carga, y va sobre él, sentado en un camarín de colgaduras, a pelear en las guerras de Asia, o a cazar al tigre, como desde una torre segura. Los príncipes del Indostán van a sus viajes en elefantes cubiertos de terciopelos de mucho bordado y pedrería, y cuando viene de Inglaterra otro príncipe, lo pasean por las calles en el camarín de paño de oro que va meciéndose sobre el lomo de los elefantes dóciles, y el pueblo pone en los balcones sus tapices ricos, y llena las calles de hojas de rosa.

En Siam no es sólo cariño lo que le tienen al elefante, sino adoración, cuando es de piel clara, que allá creen divina, porque la religión siamesa les enseña que Buda vive en todas partes, y en todos los seres y unas veces en unos y otras en otros, y como no hay vivo de más cuerpo que el elefante, ni color que haga pensar más en la pureza que lo blanco, al elefante blanco adoran, como si en él hubiera más de Buda que en los demás seres vivos. Le tienen palacio, y sale a la calle entre hileras de sacerdotes, y le dan las yerbas más finas y el mejor arrak, y el palacio se lo tienen pintado como un bosque, para que no sufra tanto de su prisión, y cuando el rey lo va a ver es fiesta en el país, porque creen que el elefante es dios mismo, que va a decir al rey el buen modo de gobernar. Y cuando el rey quiere regalar a un extranjero algo de mucho valor, manda hacer una caja de oro puro, sin liga de otro metal, con brillantes alrededor, y dentro pone, como una reliquia, recortes de pelo del elefante blanco. En Africa no los miran los pueblos del país como dioses, sino que les ponen trampas en el bosque, y se les echan encima en cuanto los ven caer, para alimentarse de la carne, que es fina y jugosa; o los cazan por engaño, porque tienen enseñadas a las hembras, que vuelven al corral por el amor de los hijos, y donde saben que andan una manada de elefantes libres les echan a las hembras a buscarlos, y la manada viene sin desconfianza detrás de las madres que vuelven donde sus hijuelos; y allí los cazadores los enlazan, y los van domando con el cariño y la voz, hasta que los tienen ya quietos, y los matan para llevarse los colmillos.

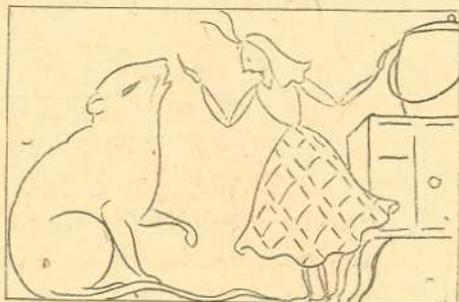
José Martí

Tomado de la Edad de Oro

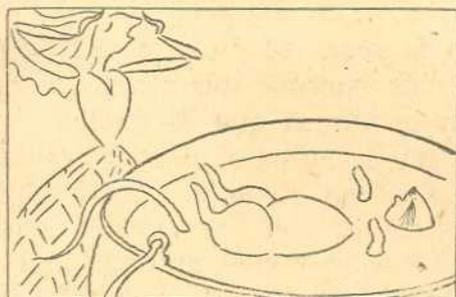
Hormiguita y Ratón Pérez



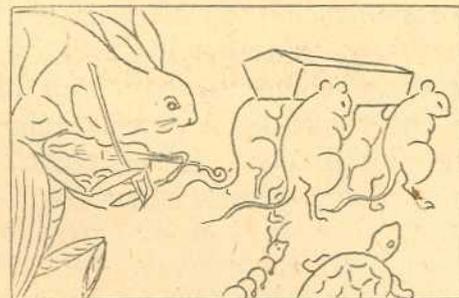
Y hubo boda alegre y rica
con músicas y esplendor.
Y ya mujer y marido
en su hogar felices son.



Sale un día la hormiguita
y le encarga a su Ratón
no golosear en la olla...
pero él desobedeció.



¡Y al regresar la hormiguita
entre la miel lo encontró...
¡Pocas veces una viuda
pasó tan grande dolor!



Y fué el canto en el entierro,
del violín y del violón:
¡Por goloso, por goloso,
Ratón Pérez pereció!"

(Pero vean el mes que viene
cómo se lloró su muerte).

ADIVINANZAS

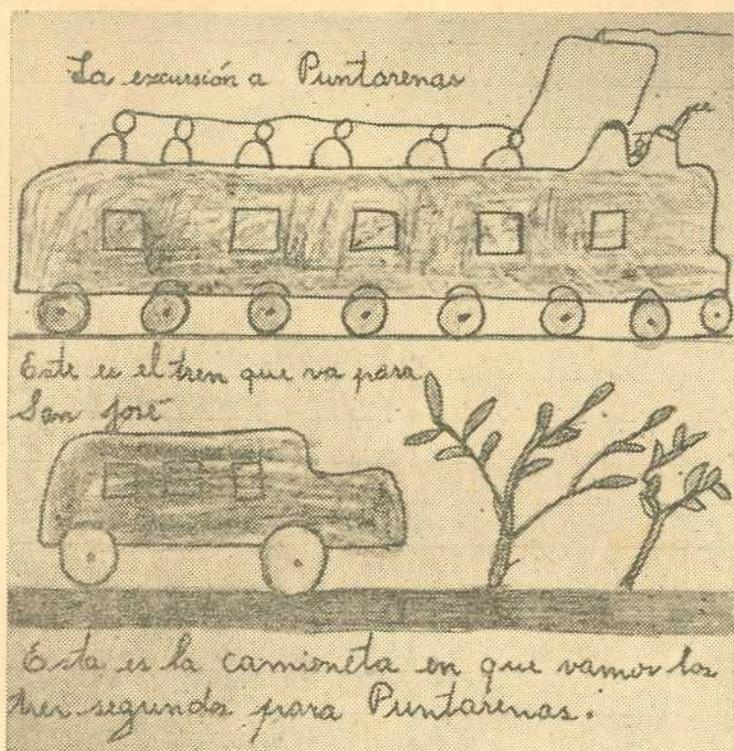
1

Madre me labró una casa,
sin puertas y sin ventanas,
y cuando quiero salir
rompo antes la muralla.

2

Soy chiquita, soy medrosa,
y tengo miedo del Bú,
así apenas anochece
yo me enciendo mi luz.

Solución a la charada del número 6 Farolito.



Mariano Struck Estevanovich
II Grado. Escuela de Miramar.

EL YIGÜIRRO

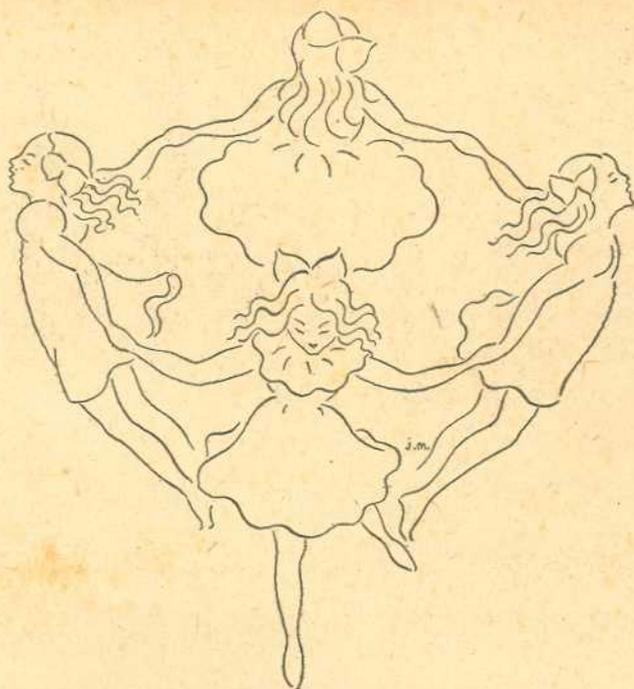
De madrugada canta
el maravilloso pajarito,
que en la rama de un árbol
tiene los pequeños pichoncitos.

Es de color caramelo
con el pico amarillento.
Que despierta a mi madre
en la madrugada de invierno.

Ofelia María Méndez E.

VI Grado

Escuela República del Ecuador. San Juan de Naranjo.



LA MARGARITA

Gabriela Mistral.

El cielo de Diciembre es puro
y la fuente mana divina
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle
y, sobre la alta hierba fina,
ven una inmensa margarita
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una margarita blanca
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda
y que es la ronda en la colina.

En este día abrió la rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina.